**La mano perezosa empobrece,
pero la mano de los diligentes enriquece. Proverbios 10:4 – Una historia proverbial de Ted Hildebrandt y Chatgpt**

En el pueblo de Elmsworth , enclavado entre las ondulantes colinas y los susurrantes bosques, vivían dos hermanos: Thomas y Eli. Aunque nacieron de los mismos padres y se criaron bajo el mismo techo, sus vidas no podrían haber sido más diferentes.

Thomas era conocido en todo el pueblo como un hombre trabajador. Se levantaba antes del amanecer, cultivaba su tierra con esmero y cuidaba su ganado con paciencia. Sus campos eran exuberantes, su granero estaba lleno y su corazón estaba contento.

Eli, por otro lado, tenía un don para las excusas. Se sentaba bajo el viejo sauce, rasgueando su laúd, alegando que la vida era demasiado corta para trabajar. Despreciaba las madrugadas de Thomas y sus manos callosas, negándose a trabajar sus propios campos; en cambio, eligió una vida de holgazanería y ocio. "¿Para qué trabajar hasta los huesos si la tierra nos provee de forma natural? El sol sale y se pone trabajemos o no". Eli vendió una parte de sus tierras para comprar vino y miel. "¿De qué sirve la riqueza si no es para disfrutarla?", se decía.

Una fresca mañana de otoño, Thomas invitó a Eli a ayudar con la cosecha. «El trigo está maduro y se acerca la lluvia», le instó Thomas. «Ayúdanos y podremos terminar antes de que cambie el tiempo». Eli lo despidió con una sonrisa perezosa. «Te preocupas demasiado, hermano. Deja que el sol seque y el viento aviente. Mañana te ayudaré».

El mañana llegó y se fue, y con él la tormenta. Los vientos aullaban en el valle y la lluvia caía a cántaros, destruyendo los campos de trigo. Thomas salvó lo que pudo, pero la cosecha abandonada de Eli quedó arruinada. Salió después de la tormenta, contemplando consternado su tierra empapada.

Para el invierno, Thomas había almacenado suficiente grano para la primavera e incluso vendió el excedente en el mercado del pueblo. Sin embargo, Eli encontró sus despensas vacías. El hambre se apoderó de su hogar como una sombra.

Avergonzado pero desesperado, llegó a la puerta de Thomas. Thomas le abrió con una mirada cómplice. «Pasa, hermano», dijo amablemente, compartiendo su pan y sopa.

"No pensé que importaría", confesó Eli, calentándose las manos junto al fuego. "Un día aquí, un día allá... Creí que tenía tiempo". Avergonzado, Eli confesó: "Hermano, he malgastado mi parte de los campos de la familia".

Thomas asintió lentamente. "¿Recuerdas lo que decía mi padre?", preguntó, mirando las llamas. "La mano perezosa empobrece, pero la mano diligente enriquece."

Eli bajó la cabeza. El proverbio resonó en su mente como una campana.

Con la llegada de la primavera, un cambio se apoderó de Eli. Se levantó temprano con Thomas, salió al campo con pala y azada, y escuchaba más de lo que hablaba. Aunque le dolían los músculos y los días se le hacían largos, algo nuevo se arraigó en él: orgullo y un propósito.

Para la siguiente cosecha, el campo de Elí relucía dorado. Cosechó lo que había sembrado con sus propias manos y, por primera vez, su granero estaba lleno.

Los aldeanos comenzaron a hablar de los hermanos, no como opuestos, sino como un par de hombres que demostraban que el cambio siempre era posible. Y cada vez que un niño de Elmsworth se quejaba de las tareas domésticas o eludía sus obligaciones, sus padres sonreían y contaban la historia de Thomas, Eli y la verdad eterna: *«La mano perezosa empobrece, pero la mano diligente enriquece».*